

# ESPERANZAS EN PAPEL DE ARROZ



Susana de Murga



Círculo de Palabras

## *Hijos ilegítimos*

Ya vine por mi maría, dice un joven. Toma, cuídate, responde Carmela al intercambiar un atado de hierba por uno de billetes. Observa al muchacho caminar, alejarse con su paquete bajo la manga; sigue llamándole la atención que los puños de la sudadera le cubren las manos de la misma forma que el pantalón tapa los zapatos y, sin embargo, la pretina no esconde la ropa interior, un boxer de cuadros se ciñe a la cintura mientras los jeans se sostienen, de milagro, en los huesos de la cadera. Atenta a la apariencia de su cliente, Carmela no se percata de la proximidad de Presi. Él se acerca con los ojos escondidos tras los lentes oscuros, como de costumbre, pero con una sonrisa poco habitual. Se para frente a la canasta de chicharrones y del bolsillo de la camisa saca un recorte de periódico.

—Mira, buenas noticias, para que no me atormentes con muertos en el Periférico. Carmela lee: “El D.F. sin instrumentos para combatir el *narcomenudeo*.”

Ella también dibuja una sonrisa. Aunque pasa la mayor parte del tiempo inmersa en la cotidianidad del comercio, la casa y los hijos, agujonazos de temor le torturan el estómago cuando oye sobre la guerra declarada al narcotráfico. Se esfuerza por desalojar los miedos. No puede darse el lujo de buscar algo más seguro o menos informal, según se juzgue el giro de su negocio. Su comercio es la refracción infinita de un espejo frente a otro, un haz que contiene el espectro de lo ilegal: injusticia, clandestinidad, miseria, abuso e ignorancia. Todo compenetrado. En repetidas ocasiones se ha preguntado si haber estudiado la habría hecho invisible a los ojos de Presi.

113

La respuesta es siempre contradictoria; al inclinarse por un sí, recuerda las mañanas de Jesús en pijama, sin ningún empleo pese al título que está colgado en la pared de la sala. Si entonces concluye que los estudios son estériles, la razón principal de su situación se desvanece. Yo ando todos los días en la calle para que mis hijos tengan una oficina, se dice para no ahondar en motivos menos estoicos. Los útiles escolares, los tenis o cualquier necesidad de los niños son válvulas de escape para su conciencia que, en los últimos días, la traiciona y se colude con el temor de convertirse en las estadísticas violentas de la prensa. Por eso se atrevió a hablar con Presi del caído en el Periférico. No te azotes, todos los mexicanos somos cada letra del periódico: desempleados, sin escuela, sin pensión, inundados o secos pero, en una palabra, jodidos. Nunca dejaremos de encontrarnos en las noticias, no creas que porque pagaste tus deudas ya estás a salvo; no seas igual de miope que las estadísticas oficiales, según ellas basta decir que trabajaste una hora a la semana para no

ser desempleado. Por eso no entiendo la necesidad de fregarnos, qué harían sin el autoempleo, que harían sin nosotros que le damos de comer a pueblos enteros y, además, qué quieres, ¿estabas mejor llorando tu miseria?, ¿crees que duele menos morir de hambre que de un pinche balazo?, le respondió Presi, acaloradamente. Carmela no se atrevió a preguntar más, ella deseaba oír: no te preocupes, vas a estar bien, yo cuido a mi gente. El titular del diario que Presi sostiene frente a sus ojos es algo próximo a las palabras reconfortantes que ella buscó. Si lo dijo un funcionario de la Procuraduría, la cosa no ha de estar tan mal, piensa, devolviendo, ahora sí, una amplia sonrisa.

—Mira, también tengo los de otros días —dice Presi al guardar el primer recorte y sacar varios papeles. Uno de ellos expone: “El narcotráfico se perfila como una nueva rama económica” y añade como causa los “salarios de hambre” por la sobreoferta de juventud trabajadora. El entusiasmo de Carmela desaparece. Ella todavía fantasea con épocas pasadas. Es verdad que el ahogo económico quedó atrás, pero también su tiempo, sus aficiones y sus gustos. Los billetes en su cartera

114

no le permiten ir al café de Doña Lupe, no tiene un momento para pintarse las uñas de rojo como las actrices de las revistas. Tampoco le encuentra mucho sentido a lucir unas manos impecables o a usar ropa nueva si pasa los días vendiendo chicharrones y alucinógenos. Además, en el último de los casos, sólo estaría dispuesta a pasar la vida cosida a su canasta si ello implica que sus hijos trabajen en un escritorio en lugar de en una esquina. No comenta sus nostalgias y bromea sobre el titular del periódico.

—Rama económica —dice, dándole importancia a las palabras.

—Es la verdad, lo que pasa es que nadie lo reconoce abiertamente y al que lo dijo lo van a mandar a las filas del desempleo por hablar con la neta —responde Presi.

—Somos una realidad pero nadie nos quiere —añade ella.

—Para nada, los chavos darían un riñón por nosotros, ellos son derechos; el gobierno, bueno, no puede aceptar que somos hijos ilegítimos de sus fracasos y sus componendas.

—¿Por qué ilegítimos?, Presi.

—Porque nacimos de las encamadas de nuestros gobernantes con los gringos.

Carmela lleva el suficiente tiempo bajo las órdenes de Presi para saber que se refiere al consumo de drogas en Estados Unidos y, sobre todo, a sus remesas de armamento.

—Si los gringos no son tontos, le venden armas a los dos bandos: a los milicos de forma oficial o dizque como ayuda, y a los nuestros, por abajo del agua; todos los caminos son de ida y vuelta. De veras, que no se hagan pendejos —dice Presi.

Hace dos semanas tuvieron una conversación sobre el tema en el estudio fotográfico. Ella le preguntó por qué antes no se mencionaba el asunto de la venta de armas. Él respondió que cualquier moneda tiene un derecho y un revés. Los cuetes chuecos pasan discretamente pero, para agarrarse al gobierno, a los gringos se les ocurrió hacer escándalo. ¿Oíste lo del Estado fallido?, le preguntó. Ante la negativa de Carmela, siguió con su exposición: En parte tienen razón, saben de lo que hablan,

115

ellos entienden que el amo del mundo es el dinero y nuestro negocio es el más lucrativo. Bueno, el nuestro y el suyo. ¿El de las armas?, quiso saber ella. Los dos, la distribución de lo que les mandamos y las fuscas. Ellos matan con industrias privadas y perfectamente establecidas; mínima justicia fue que alguien se los recordara, que se sepa que no somos los más malos del cuento. Desgraciados, si todo se lo quedan allá, del otro lado del muro. ¿Entonces?, cuestionó Carmela. Entonces a ponerse listos, no hay otra, acuérdate, discreción, discreción y discreción y... nada de quererse pasar de lista. No, no, yo qué voy a hacer. Presi sonrió. Carmela adivinó satisfacción en los ojos de su jefe, supo que su ingenuidad era un beneficio para ambos. Aun así, él le dijo que los márgenes eran inamovibles y que por seguridad le recomendaba no hacer chuecadas con la mercancía. Para que me entiendas, hay clientes que se enojan mucho cuando se dan cuenta de que la hierba está mezclada, añadió. Yo no quiero problemas, respondió ella. Mejor, las deudas en este ambiente son más rabiosas, tienen los dientes muy filosos. Sí, y no hay ningún borrador de números rojos como el que tú me ofreciste, supongo, contestó Carmela. Exacto, me caes bien porque entiendes; el dinero paga hipotecas pero no restaura la confianza y aquí es básica, concluyó Presi.

Ahora, en medio de la calle, al mirar a su salvador, Carmela vuelve a sentirse protegida como el primer día en el estudio fotográfico. Pese a todo lo que sabe, es una realidad que está sentada frente a un gesto amable y no frente a lo que los periódicos siempre presentan como un peligro para el país.